



“Darme a mi misma, para poder Dar”

En el transcurrir de mi vida había estado acompañada por el ir y venir de pequeños síntomas enfermizos. No sabía que era una forma inconsciente de centralizar la atención de los demás.

Más tarde adopté el papel de “niña buena” y después ejercí de “enfermera” para todos: abuelos, tíos, hermanos y hasta para los vecinos.

Con estos antecedentes, era muy duro aceptar que estaba invadida por la rabia, el odio, el resentimiento y que estaban aferrados a mí como especies de garrapatas. Y mucho menos verlos ahora ¡yo, que estaba en el Camino...!

Pero, ahí estaban: rabia hacia mi padre que había sido un gran dictador, caprichoso e intransigente; hacia mi madre que me exigía que tuviese todo como “los chorros del oro”; resentimientos hacia mis abuelos que me decían que me portara como una mujer grande y de fundamento; rabia porque tenía que cuidar a mis hermanos...

Y pasan los años, ponemos un tupido velo y se presentan circunstancias difíciles. El campo estaba abonado y el odio creció como las zarzas y estos sentimientos salpicaron a mi pareja porque no me daba lo que yo creía que tenía que darme; a mis hijos porque eran niños y porque no eran perfectos y... me rechazaba a mi misma por no ser capaz de tener salud. Me sentía culpable.

Pero, esta vez, ha sido un gran paso; levanté la cabeza, me miré de frente en el espejo y me dije: “¡El Universo está lleno de salud para mi y sólo existes en mi mente! Ya ha sido suficiente. Quiero caminar sin ti.

Hasta aquí había limpiado la botella por fuera y le había puesto una etiqueta nueva. Ahora voy a limpiarla por dentro, como ustedes me han enseñado con mucho amor y con mucho cariño. Siento hacia mí un gran cuidado pues el envase es de porcelana y se puede romper.



Muchísimas gracias por la paciencia, el apoyo incondicional y el gran amor que nos dedican.

Un fuerte abrazo.